

Yamaga se sorprende con 'Kí', la mirada de Gelabert y Amat a la cultura nipona

Japón con espejo catalán

JUSTO BARRANCO
Yamaga (Japón)
Enviado especial



Un pequeño milagro: dos culturas se encuentran y no colisionan. Y eso que, ahí es nada, una se atreve a reinterpretar a la otra sobre un escenario. El milagro se ha producido en Yamaga, una pequeña localidad japonesa de 60.000 habitantes situada al sur del archipiélago, en la feraz isla que acoge a Fukuoka, Kumamoto y Nagasaki. En el viejo teatro kabuki de Yamaga, el Yachiyozza, el coreógrafo Cesc Gelabert y el pintor Frederic Amat, junto a dos bailarines —uno de break dance y otro de butoh— y siete músicos tradicionales nipones, han mostrado Kí, su particular visión de la cultura japonesa, a un público

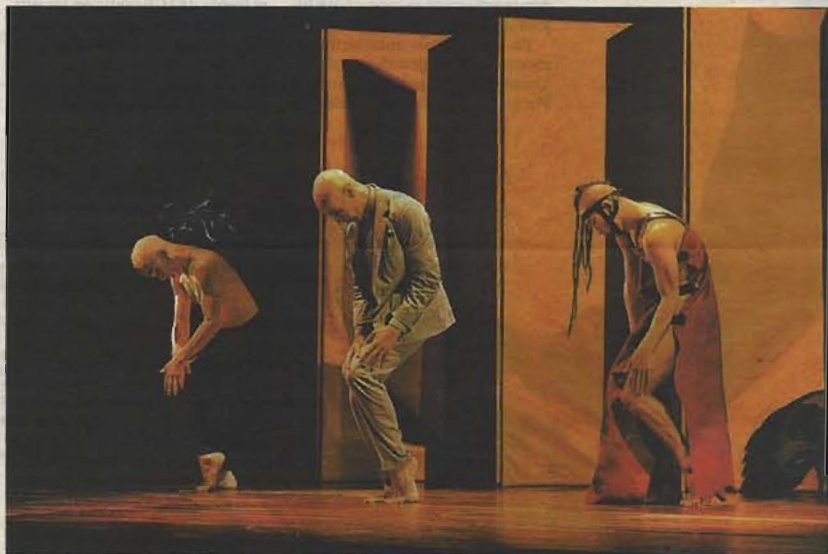
mo, que arranca el espectáculo ejecutando lentísimamente movimientos que recuerdan al break, simboliza el futuro, y Katsura Kan la tradición, la memoria. Con ironía, eso sí, porque un bailarín de butoh, la danza de la oscuridad nacida tras los bombardeos atómicos de Japón y opuesta a la occidentalización de posguerra y a la tradición, viste al inicio como un onnagata de kabuki.

Gelabert y Amat dicen que no querían hacer una *japonerie*, sino

mostrar en un espectáculo poético, no narrativo, sus impresiones sobre la cultura japonesa con respeto y subversión. Pero haciendo buena la rebeldía que originó el butoh, Kan no opinó del todo lo mismo: "Querían cocinar los iconos de Japón que tenían en su sueño para hacer un nuevo plato. Y a mí me gusta cocinar, transformar los elementos en algo nuevo. Pero quizá en algunos momentos ha habido excesivo respeto por la tradición, cuando te enfrentas a este material es mejor hacer como si fueras a destruirlo".

Quizá habría sido demasiado para una localidad como Yamaga, que en un gesto inédito en Japón —donde circulan poco los espectáculos internacionales— decidió abrirse al mundo por el centenario del hermoso teatro que han restaurado entre todos y copro-

El espectáculo de danza —que mezcla breakdance y butoh— llega al Grec el próximo 2 de julio



Gelabert (centro), Tsujimoto y Kan en un momento de Kí, espectáculo que se verá en el Grec

heterogéneo que iba de colegiales a octogenarios, 400 personas poco acostumbradas a experimentos teatrales. Y si en el pausado y contenido primer tramo de Kí —que significa madera, pero también energía vital—, uno podía contar a tres señoras seguidas dormidas en la estera —no hay butacas y hay que descalzarse para entrar—, en cuanto llegaron las primeras acrobacias del joven Tomohiko Tsujimoto todos despertaron y nadie perdió ya detalle hasta el final. Un final a tres entre Gelabert, Tsujimoto y Katsura Kan que fue muy aplaudido.

Maldiciones, sombras chinas, un gran biombo, origami, los caracteres kanji, el monte Fuji o un vestido de onnagata —los actores masculinos que interpretan a personajes femeninos en el tradicional teatro kabuki— estampado con pulpos y peces del mercado del pescado de Tokio pueblan un espectáculo de gran belleza plástica. Pero también lo pueblan la contención y la ritualidad de la cultura japonesa y sus tensiones entre una tradición artística omnipresente y una modernidad en busca de espacio. De hecho, Gelabert explica que el energético To-

EL DATO

Expectación mediática por el bailarín catalán

■ La televisión nacional japonesa, la NHK, o diarios del alcance del *Asahi Shimbun* se movilizaron antes para conocer la preparación durante las últimas semanas de Kí en Yamaga y para ver la reacción del público: en Japón no circulan demasiado los espectáculos extranjeros, y rozan lo imposible los coproducidos entre una pequeña ciudad rural conocida por sus aguas termales y una ciudad europea. Los papeles se invertirán pronto: una delegación de siete personas encabezada por el alcalde de Yamaga, Kensei Nakashima, acudirá al estreno de Kí en Barcelona.

ducir Kí con el festival Grec de Barcelona, donde la obra se verá entre el 2 y el 5 de julio en el Lliure. De hecho, aun sin la ruptura total que pedía Kan ya había expectación por saber cómo reaccionarían los habitantes de Yamaga: "El público japonés está acostumbrado a historias muy simples", explicaba una periodista. Ciertamente, a la salida del estreno —hoy habrá una nueva función— la gente se preguntaba cuál era la historia de Kí, pero alababan a los bailarines, la música —seis mujeres "muy buenas" y un solo hombre "porque los hombres están contratados en los teatros kabuki"— y la escenografía y el vestuario de Amat, y se mostraban gratamente impresionados.

Curiosamente, sus risas y exclamaciones durante Kí mostraban también que el cruce de culturas, además de en el escenario, se daba también en la platea. Donde la mirada de un occidental *avocado* vio dolor un día antes, un japonés virgen de teorías se reía del bailarín de butoh embadurnado de blanco que parecía un clown en una situación ridícula. Quizá lo era. Y quizá el intercambio de culturas lo es de miradas. ■